

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 59 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgamos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, puesto de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Calvario y Redencion, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El Mendigo poesía por U. S. C.—La Pendiente del Abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—María, por E. B.—

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana María.

Respetando tu silencio y tu resolución, nada te preguntaré del estado de tu espíritu, no evocaré en mi carta, uno solo de los recuerdos del tiempo que trascurrió ya: solo, hermana mía, te hablaré de mí

Con pena casi estampo, al dirijirme á tí, estas palabras en el papel, «soy completamente feliz.» ¡Ay! María, esto me parece un insulto al amargo dolor que debe oprimir tu corazón.

Sin embargo, te conozco bien: sé que si algun lenitivo pueden tener tus males, es saber que

los que amas sonrien, aun cuando tu derrames lágrimas.

Por eso no vacilo, por eso voy á decirte como Dios me ha concedido á mí, pobre mortal, una parte anticipada de las felicidades que deben gozarse en el cielo: amar y ser amado sin mezquinas dudas, sin amargos temores, sin crueles remordimientos. Satisfecho de ese mismo amor orgulloso de él, y pudiendo ostentarle como una virtud á los ojos del mundo, y á los pies de Dios.

Angelina es mi esposa: los serafines al estampar su nombre hoy en el libro de la vida lo unirán al mio tambien, porque lo lleva desde ayer.

Valeria ha cumplido su palabra.

Ha entrado resuelta y valerosamente en la senda del bien, y puedo llamarla mi hermana, satisfecho de que este cariño fraternal que nos ligará en adelante, se asienta en un corazón bueno y honrado.

Su trasformacion ha sido completa.

Todo el ardor, toda la enerjía que antes empleaba en el mal, son hoy otros tantos poderosos móviles que la impulsan á las mas bellas y desinteresadas acciones.

Parece como que quiere rehabilitarse en un solo día de todos los hechos de su existencia anterior.

Su frialdad, el odio que antes la inspiraba Angelina, se han trocado en una ternura tan

previsora y amante, como solo una madre pudiera sentir y manifestar. Tal vez quiere acumular sobre su frente, y en un solo día, todo el cariño que la ha negado hasta aquí, y espiar al par todo el mal que hizo á Blanco.

Su hermana recibe con inocente gratitud estas pruebas de afecto apasionado, y se pregunta á cada instante ¿como á dudado ó desconocido hasta ahora el hermoso corazon de su buena hermana?

¡Pobre niña! ella ignora las pasiones y las luchas, y las borrascas que ajitan el alma, al cruzar por el mar de la vida.

¡Dios haga que las desconozca siempre!

¡Dios haga que este ángel, al tornar á su patria un día, lleve aun, como emblema de que no la ha tocado el cieno de la tierra, la inmaculada blancura de sus alas de nieve!

¡Dios haga que los vientos del valle de la existencia no arranquen una sola hoja á la corona de pureza que hoy rodea sus sienes.

Yo espero que así será, porque fiel guardador de este tesoro, sabré formarle en medio de mi corazon un seguro asilo, donde no lleguen las amarguras ni los desengaños, ni las decepciones humanas.

Valeria, apoyando mi peticion, ha vencido todos los obstáculos para esta union, que yo juzgaba tan difícil, y ni aun he tenido el mérito de la lucha para lograr tanta ventura.

Cuando fui á presentarme al señor de Aguilar, cuando sobre todo la encontré á ella á su lado, temí por un momento haberme engañado en mis calculos, y que se hubiera adelantado para cerrarme el camino.

Esto hubiera sido muy terrible, puesto que yo habia inutilizado los medios de vencerla, y me encontraba impotente y solo contra ella, que cuenta con la autoridad de un padre, á quien domina por completo.

Pero no: me equivoqué.

Las palabras que la dije despertaron sus buenos instintos, exaltaron su imaginacion hasta el sacrificio, y su orgullo se ha trocado en un noble estímulo de generocidad y abnegacion.

Ella misma fué por su hermana, y por la tarde, cuando yo la aguardaba en el salon, las vi entrar asidas de la mano, y dirigirse á mí conmovidas.

Angelina turbada, asombrada aun de aquel cambio y aquella dicha tan inesperada, no sabia que hacer, pero las rosas que coloreaban sus mejillas y la dulce sonrisa que vagaba en sus labios explicaban, mas que lo hubieran hecho las palabras, el inefable placer que inundaba su alma.

En cuanto á Valeria procuraba aparecer serena, pero en sus mejillas sin color, y en el círculo morado que rodeaba sus grandes ojos, se adivinaban los esfuerzos de una voluntad que lucha y vence.

Las dos se aproximaron á mí, la una resuelta, la otra tímida y estremecida.

—He aquí á Fabian, hermana mia, dijo Valeria con pausado acento. He aquí á Fabian, de quien vas á ser esposa, y á quien tienes el deber de hacer muy dichoso.... ¡Oh! tu sabrás cumplir esta mision! ¿es verdad que sabrás hacerlo?

La pobre niña me dirigió una mirada tan casta como amorosa, y por un impulso del alma se arrojó en brazos de su hermana, ocultando en su seno su frente virginal.

Valeria la estrechó contra su corazon, mientras creí notar que una gota de llanto empañaba el terso cristal de su pupila.

D. Feliz entró en aquel instante, y al verlas de aquel modo, su rostro se iluminó con una expresion de alegría profunda, parecía que en aquel gozo habia algo de esperanza, de santa expansion.

Yo, que conocía la historia del pasado, adivinaba los pensamientos que cruzaban por la frente de aquel hombre. Valeria tambien debió comprenderlos, porque aproximándose á él y empujando suavemente á Angelina hasta colocarla en sus brazos.

—Padre mio, dijo abraza V. á su hija! á su hija, cuya madre fué una santa, y que le ruega por milabio, que redima, en fuerza de amor hacia esta niña, todas las faltas que un error nos hizo cometer contra ella!

El señor de Aguilar la miró profundamente: vió la expresion de su rostro anhelante y transfigurado; lo comprendió todo quizá, y abrazó con delirio á Angelina, murmurando algunas palabras que no puede comprender, pero que tal vez encerraban una súplica, un ruego de perdon.

Así se efectuó mi primera entrevista con aquella niña de quien me hallaba separado tanto tiempo hacia.

Por la noche Valeria me suplicó que le manifestara á Julio su deseo de verle.

Subí á buscarle. El me aguardaba ya prevenido por mí de su felicidad, pero sin poder dar crédito á mis palabras.

—Vamos, le dije, la señorita de Aguilar le espera á V. bajémos al salon, donde se halla sola con su padre y con Angelina.

—¿Qué me aguarda! dijo; luego es verdad lo que V. me ha manifestado esta mañana, ¿ella me ama, queria probar mi pasion, y por eso....?

—Sí, le ama á V., le concedé su mano, y su

padre aprueba esta union, pues ya sabe V. que solo anhela la felicidad de Valeria.

Julio se puso tan palido, que creí que iba á desvanecerse. Aquel pobre corazon que tanto habia sufrido, era muy débil ante una alegría tan inmensa como inesperada.

Empleé todas mis faerzas en reanimarle y logré por fin que se hallase en estado de seguirme.

Bajamos, pues, unidos, pero al llegar á la presencia de la muger que tanto amaba, fué tal su emocion, que tuve que cogerle del brazo para que no cayese sin sentido.

¡Es verdad que Julio estaba enfermo, y que habia padecido mucho!

Valeria le tendió su mano, el señor de Aguilar le dirigió algunas palabras recomendándole la felicidad de su hija, y cuando llegaron los amigos que tenian costumbre de pasar la velada en aquella casa, nos presentaron á los dos como futuros hijos de don Felix.

Las dos bodas debian efectuarse á la par y solo ocho dias despues.

Al ir á estender los contratos matrimoniales, he renunciado solemnemente en nombre de Angelina, todos sus bienes en favor de su hermana, pero esta clausula debe permanecer ignorada de Valeria, porque estoy cierto que no la aceptaria nunca.

Si padre se ha manifestado admirado de esto quellama una generosidad, pero he comprendido su alegría al ver que la hija á quien tanto adora no tendra que descender de la posicion que ocupa. En cuanto á Angelina, mi caudal basta para los dos, y su solo deseo es complacerme.

Los ocho dias que faltaban para fijar nuestro destino, se pasaron con rapidez ocupados en estos preliminares.

La noche señalada para la boda llegó por fin.

Yo hubiera deseado que nuestra madre hubiera presenciado mi casamiento, pero esto no podia ser y me conformé á recibir su bendicion, dos dias despues y cuando le presentase á su nueva hija.

Por eso, y despues de la ceremonia nupcial debíamos emprender el viaje para llegar á sus brazos.

En cuanto á Valeria, debe permanecer en la misma casa, y al lado de su padre.

Ella se ha encargado del canastillo de boda de Angelina y ha puesto en él sus mejores joyas, sus mas costosas galas, como un recuerdo de cariño: tambien a presidido por sí misma á su atavio, y ayudada por Susana, por esta buena muger cuyo gozo no tiene límites, ha ceñido á las aienes de su hermana, la corona de flores, y el velo de las desposadas.

¡Oh! si hubieras podido verlas á ambas! El traje de Valeria era de terciopelo blanco adornado de blondas y perlas. Sus anchos pliegues cayendo ampliamente al suelo, daban mayor gallardía á su talle magestuoso. Sus negros cabellos, estaban salpicados de perlas tambien, resultando sobre ellos fuertemente su perfumada guirnalda de azahar. Angelina estaba vestida como ella, y jamas una figura humana se ha llegado á asemejar mas á un argel que la suya. Al ver tanta belleza unida á tanto candor, tuve miedo, pues me parecía que la tierra no podia ser por mucho tiempo su morada.

Cuando entraron en el salon donde los convidados aguardaban, se levantó un murmullo de admiracion, y Julio que estaba á mi lado se estremeció poderosamente, y estrechando mi brazo con violencia.

—Mírela V.! dijo: mírela V. cuan hermosa! y ella me ama, consiente en ser mi esposa! ¡Oh! á V. lo debo todo! pídale V. mi sangre, pídale V. mi vida, que ambas son poco para mostrarle mi gratud.

Yo le mire sonriendo: aquel entusiasmo me aseguraba de la dicha de Julio, y quizá tambien la de Valeria, pues es imposible inspirar una pasion semejante sin participar al fin de ella.

Cuando llegó el momento solemne, cuando el ministro de Dios enlazó nuestras manos y aguardó el sí de nuestros labios, Valeria fijó en mí los ojos, me dirigió una larga y profunda mirada, y despues de vacilar un instante, pronunció el voto solemne que la ligaba á Julio para siempre.

Con una sola palabra tambien, Angelina confió en mis manos y para siempre su porvenir, y yo hice el juramento inviolable de hacerla dichosa. En cuanto á Julio se asemejaba mucho á un hombre ébrio.

Cuando todo concluyó, las dos hermanas abrazaron á su padre, que las bendijo casi llorando. Aquel hombre cuyo mas ardiente cariño ha sido Valeria en este mundo, ha cedido á la voluntad de la jóven sin dificultad alguna, por que cree asegurar su ventura con este enlace, que aunque un poco desigual por la fortuna, no lo es por la clase ni por el nacimiento.

Creo ademas que el señor de Aguilar no hubiera reparado tan poco en nada de esto, siempre que su hija le hubiera dicho: «amo á ese hombre» ya te he manifestado otras veces que Valeria domina por completo á su padre y no estrañarás nada de esto.

Algunas horas despues, y cuando Angelina hubo cambiado su vestido de boda por otro de camino, cuando Susana, que no se separará ya

de nosotros, lo tuvo todo dispuesto, nos preparamos a subir al carruaje que nos esperaba á la puerta, para conducirnos á la pequeña aldea en que habitan nuestra madre y Elia; nuestra madre que ignora todavía el cambio de nuestra fortuna, y Elia que me espera para ser dichosa tambien, dando su mano al hombre que ama.

¡Oh! allí nos aguarda la verdadera paz, la verdadera alegría, las santas expansiones del alma.

Yo bendigo á Dios por que voy á gozarlas, yo bendigo á Dios porque me ha dejado llevar adelante una empresa digna y grande, y porque puedo hacer dichosos á todos los míos.

Al subir al carruaje, las dos hermanas se abrazaron llorando; Valeria sabia que nos separabamos para siempre! En cuanto á don Felix si sentía aquella partida era cuestion del momento, puesto, que poco acostumbrado á tener junto á sí á Angelina, poco podrá echarla de menos tampoco.

Él y Julio quedaban felices.

Valeria dudó cuando llegó la vez de despedirme de ella.

Yo vencí su indecision y abriéndola los brazos la dije á la par.

—Adios, hermana mia!

—Adios, si! respondió ella á mi oído, Adios, hermano mio, y en medio de tu dicha piensa alguna vez que soy digna de llevar este nombre y ruega á Dios por la paz de mi alma. Él te oirá, porque en el cielo se escuchan siempre las súplicas de los corazones nobles y grandes.

El carruaje rodó sobre el empedrado y nos arrastró muy lejos de allí.

Leal, el noble perro de Angelina le siguió saltando alegremente.

Esta se consoló en breve de aquella viva impresion, y algunas horas despues sus lágrimas se trocaban en sonrisas pensando en el porvenir de calma y amor que nos aguarda.

Mañana llegaremos al lado de nuestra madre, pero no he querido dilatar esta carta y te escribo mientras Angelina descansa y preparan otra vez el carruaje para proseguir nuestra marcha.

Adios, pues, mi amada María, y tú que eres una santa, ruega al cielo que no empañe en adelante sombra triste ni nube alguna, el horizonte de nuestra futura existencia.

Fabian.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL MENDIGO.

*¿Ves ese pobre, hijo mio,
Que apenas moverse puede,
Y al intenso dolor cede
Aterido por el frio?*

*¿Ves con cuánta lentitud
Su pié doliente camina,
Y cómo la frente inclina
Al peso de su inquietud?*

*Pues es, como tú, un mortal
Que sintió un dia el placer,
Y tierna madre al nacer
Le envolvió en rico sendal.*

*Como tú, en juegos y risas
Pasó sus horas primeras,
Cual se deslizan ligeras
Por entre flores las brisas.*

*Despues gimió el infeliz
Al horror de la indigencia,
Y acibaró su existencia
Algun recuerdo feliz*

*Hoy lleva cual marca infame
Su nombre escrito en la frente,
Y sin que el mundo inclemente
Más que el mendigo le llame.*

*Y va pidiendo por Dios
En su querella sincera
Una limosna siquiera,
Corriendo del rico en pos.*

*Sin encontrar compasion
En su pecho endurecido,
Que mira al pobre abatido
Con inhumana aversion.*

*Una lágrima no halla
Que endulce su aciega suerte,
Y al ver las que el pobre vierte
El avaro pasa.... y calla.*

*A enjugárselas acude
Presuroso, hijo querido,*

*Que Dios verá complacido
La mano que al pobre ayude.*

*No mires su intenso afán
Con repugnante desvío....
Compadécele, hijo mío,
Y parte con él tu pan.*

U. S. C.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

—¿No partirá? exclamó Marta sintiendo su alma inundada por la clara luz de una esperanza.

—Pero él..... él ¿por qué no viene á implorar ese perdón que vosotras...?

En aquel instante la puerta se abrió lentamente y un hombre apareció en el dintel.

Aquel hombre era Enrique.

Absorto y turbado permaneció allí con la cabeza baja, sin atreverse á avanzar ni á retroceder.

Marta que lo vió, corrió hacia él rapidamente y le empujó con suavidad junto á su padre.

Enrique se dejó conducir atónito y sin explicarse lo que pasaba; pero al ver que Esteban le abría los brazos, se precipitó en ellos con alegría formando así un grupo que en vano trataríamos de describir.

Juan Manuel que habia venido en pos de Enrique, y que permanecía á la entrada, llevó una mano á sus ojos para enjugar una lágrima que temblaba entre sus pestañas.

Habia estado oculto esperando el resultado de su carta, y al ver á las dos mugeres dirigirse al despacho del coronel, él habia sido tambien el que corriera á buscar á Enrique diciéndole que su padre le esperaba en aquel instante.

El pobre asistente comprendia sin duda lo que iba á pasar, y no quería que la ausencia de su señorito destruyese el plan que para salvarle habia llevado á cabo.

Solo en medio de su alegría preocupaba á Juan Manuel una cosa, y era el temor de que al entrar en explicaciones se descubriera que Enrique habia venido creyendo que le llamaba su padre y no por su voluntad.

Pero el jóven fiaba en la casualidad, y mas que todo en la agitacion del momento para que ningun no tocara á aquel punto.

Al ver aquella reconciliacion el asistente sentía que llenaba su corazon una inmensa alegría y en aquel instante pensaba en su madre, en su anciana madre á quien hacia tanto tiempo que no estrechaba en sus brazos.

Enrique fijó en él su mirada y tendiéndole su mano.

—Ven acá, dijo, ven acá, y espícame como ha sido esto.

—Mi teniente; yo no he faltado ni á la disciplina, ni á la obediencia, ni a mi palabra, ni á nada. Aquí estan la señora y la señorita que pueden responder por mí; que pueden decir si de mis labios á salido una sola palabra que les diera á entender....

—Entonces.....? V. madre mia como ha sabido?.....

—¡Oh! por ella solo, respondió Marta señalando á Luisa.

—Y V.?... preguntó Enrique muy conmovido y V. señorita?

—Yo... murmuró la niña en voz baja, y fijando en Juan Manuel una mirada significativa, yo tengo un ángel bueno y V. le tiene tambien, que vela en la sombra por ambos, pero....

—Digame V. su nombre!

—Ese es mi secreto!

Enrique no insistió mas, pero al ver á su asistente dar vueltas entre las manos á su pobre gorra de cuartel.

—Estoy seguro, exclamó, estoy seguro que esta buena pieza es quien le ha dicho á V....

—El escribir no es hablar, mi teniente, respondió Juan Manuel sonriendo, las letras no son palabras..... aun que lo sean; y yo, recuérdelo V. solo le juré no decir una frase.

—¡Ah! segun eso....

—Era por su bien de V., era por evitar muchas lágrimas á mi buena señora; era en fin añadió Juan Manuel, casi al oido de Enrique, porque no se apartase de ese angel que... vamos, si V. la hubiese visto llorar, como yo la ví!

—Qué! ¿supones?...

—Nada señorito, pero hubiera sido una lastima que ustedes se separasen.

Enrique comprendió cuanto le amaba aquel honrado jóven, y se contentó con tenderle la mano y dirigirle una mirada cariñosa y expresiva.

—Con que no me guarda V. rencor? preguntó Juan Manuel muy contento; con que me perdona usted.?

—¡Oh! yo te doy las gracias, porque te debo tanto!

Desde aquel momento todo fué expansion y alegría y la esperanza sucedió al dolor en la casa de la feliz Marta.

Cuando Esteban y su asistente quedaron solos, el joven acercándose á su señor, le dijo con tono expresivo pero con cierta timidez.

—Con que ya pasó todo, mi coronel? con que el perdón ha sido completo y ya no se marcha el señorito?

—Que quieres? hubiera sufrido su madre tanto!

—Y V.? vamos, yo sé que apesar de sus esfuerzos tenía el corazón metido en un puño! y á la verdad que era muy triste....

—¡Oh! tienes razón; he tenido momentos terribles! la batalla ha sido dolorosa, instantes ha habido en que he temblado y.... ¡no lo digas á nadie nunca, he tenido que enjugar sus lágrimas, con esta mano que siempre ha sido fuerte para manejar una espada!

—Es que el corazón es el enemigo que nos vence con mas facilidad, mi coronel, y contra el cual no hay valor posible: en fin ya pasó! pero aun creo que queda algo por arreglar.

—El qué? preguntó Esteban con estraneza.

—Como el señorito Enrique vió al ministro de la guerra y se alistó para ir á Cuba como simple soldado, y como....

—Tienes razón! no habia pensado en ello.

—Bah! tambien eso puede remediarse.... y ... si V. quiere yo pudiera....

—¿Qué?

—Toma.... ir en su lugar! soldado por soldado.... aunque el señorito vale mucho mas, al ministro de la guerra lo mismo le dá.

Esteban miró al asistente con admiración; pero no encontró una palabra para mostrarle toda su gratitud.

—Eres un buen muchacho, le dijo con profunda emoción: eres un buen muchacho, y será preciso manifestarte de algun modo mi cariño. Afortunadamente tengo alguna influencia en el ministerio y pienso hacerla valer hoy: he derramado bastantes veces mi sangre por la patria para que me sea negada la primera recompensa que por ello quiero pedir.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará.)

MARIA.

(Continuación.)

Maria pasaba el dia desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde en el mos-

trador de su marido; pero en cuanto daban las cinco dejaba para el otro dia los asuntos serios, y se entregaba á los quehaceres de la tarde, de los que la sacaba casi siempre el obispo, estimulado por las golosinas que le preparaba la señora Margerin y mas estimulado todavia por el deseo de pasar un rato de conversacion con aquellas honradas gentes. La amistad del prelado hacia el pañero aumentaba la buena consideracion y favorable concepto que daban al digno comerciante de paños del *Arbol rojo* su fortuna, su honrado carácter y la amabilidad de Maria. Nadie sospechó de la sinceridad del íntimo afecto que el buen prelado mostraba al pañero, y seguramente era preciso que estas personas reuniesen difíciles y raras condiciones para que la maledicencia de una poblacion pequeña permaneciese inactiva, respecto á personas á quienes toda la ciudad envidiaba.

A fines de junio de 1603 fué preciso reparar el altar de la iglesia episcopal, y el prelado no consintió que nadie mas que el se encargase del cuidado de sacar del tabernáculo los vasos sagrados y las hostias consagradas. No sin gran sorpresa halló entre estos objetos una cajita de oro sellada con el del obispo su predecesor y colocada cuidadosamente en un rincon, que quedaba siempre oculto detras de la puerta que abria el tabernáculo, de modo que era casi imposible descubrir el depósito misterioso. Se llevó a su casa esta cajita y despues de haber consultado largo tiempo consigo mismo si debia abrirla o dejaria intacta, decidió que habiendo transcurrido ya más de veinte años desde que murió el obispo, podia satisfacer su curiosidad sin escrúpulo de conciencia. Rompió, pues, el sello y encontró un bucle de cabellos encerrados en un medallon de oro. Dos pergaminos acompañaban á esta reliquia; el uno era una partida de bautismo concebida en estos términos.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, Luis Gerónimo, obispo de la «diócesis de Soissons, el 10 de febrero del año de «nuestra redencion 1568, derramé las santas aguas del bautismo sobre la muy alta y muy poderosa princesa Maria Estuardo, hija legítima de «Su Magestad Cristianísima Maria, reina de Escocia y de Inglaterra, y de Jacobo, conde de «Bothwell, siendo sus padrinos el muy venerable «hermano Mac Mahan de la orden menor de san «Benito, obispo de Soissons y la muy venerable «señora Maria Mowbray, abadesa del monasterio «de Nuestra Señora de Soissons.

«En fé de lo cual firmo

«Gerónimo, obispo.»

He aquí lo que contenía la carta unida á esta fé de bautismo.

«Querida y venerable señora María.»

«En este momento que os escribo estoy cautiva en el castillo de Lochleven, y acabo de dar á luz una niña. Todo lo temo por el destino ya que no por la vida de esta pobre criatura, por cuyo amor he sufrido tanto. El 18 de junio de este año de gracia, cuando mi esposo, el conde de Bothwell tuvo que emigrar á la Noruega, los doctores miembros del consejo privado de Escocia me propusieron que protestase contra mi union con dicho conde y la declarara forzada é ilegítima; pero aunque esto era verdad, porque he dado mi consentimiento para este matrimonio, teniendo un puñal sobre mi garganta, me he negado tenazmente á ceder á los deseos de los doctores del consejo privado, porque llevaba un hijo en mis entrañas, y esto hubiera sido llenarlo de oprobio y vergüenza para toda su vida. Así lo he escrito á mi familia de Lorena que me ha afeado altamente mi maternal perseverancia. No tengo en este mundo otra amiga fiel y segura mas que vos á quien confiar esta querida niña nacida en el cautiverio y en medio de las inquietudes. Educadla secretamente en vuestro convento, sin revelar á nadie, ni aun á ella misma, el secreto de su nacimiento. Si llegan para mí mejores dias la llamaré á mi lado; pero si la adversidad continúa persiguiéndome, prefiero que viva obscura é ignorante de su sangre real: sé demasiado lo que cuesta llevar una corona. Sin embargo no la obligueis á tomar el velo, y pronunciar votos hasta despues de mi muerte. Adios! querida y amada María, dulce compañera de mi juventud en la hermosa corte de Francia; adios, os confío el tesoro mas precioso que queda á una pobre reina, cautiva de su hermana. Un amigo generoso que no me atrevo á nombrar por temor de perderle, se encarga, con esposicion de su vida, de llevaros á mi hija. Adios!»

María reina.

Al leer el obispo estos documentos se sintió á la vez lleno de sorpresa y de inquietud.

—Que he hecho yo! exclamó! he casado á un pañero con la hija de la reina de Escocia y hermana del rey Jacobo que acaba de subir al trono de Inglaterra por la muerte de la reina Isabel: Dios quiera que no me suceda alguna desgracia de todo esto.

Mientras examinaba los títulos del nacimiento de María, vino á avisarle un page que la abadesa del convento de Nuestra Señora de Soissons le suplicaba pasase inmediatamente al convento

para un asunto de la mas grave y alta importancia. Por un presentimiento imperioso comprendió el obispo que se trataba del secreto que la casualidad acababa de descubrirle, y ocupado de esta idea se dirigió al convento, donde halló á la superiora en una extrema agitacion y en presencia de un joven caballero á quien prodigaba los mas humildes testimonios de respecto.

—Monseñor, dijo cuando vió al obispo, aquí está su alteza real el principe de Gales que viene á preguntar por una joven que hará treinta y cinco años entró en este convento. ¿Teneis monseñor, conocimiento de este hecho, de que yo no conservo memoria?

Al pronunciar estas palabras la abadesa estaba pálida y temblaba de piés á cabeza.

—Mas bien deberíais acordaros de esta joven, interrumpió el obispo, que no se sentía menos embarazado y comprendía la necesidad de justificarse, vos deberíais acordaros que salió del convento, bajo el pretexto de que... no podía ni tomar el velo en esta abadía ni permanecer mas tiempo aqui como pensionista.

La abadesa estaba mas muerta que viva, porque el joven principe con una fisonomía naturalmente severa fijaba sobre ella miradas que expresaban un amargo descontento.

—Y donde está esa desgraciada? preguntó al fin.

—La he recojido en mi casa, se apresuró á contestar el obispo, y si vuestra alteza real me lo permite, quiero decirle todo lo que ha sucedido á esa persona, y aun llevaré á vuestra alteza donde está ella. Pero, añadió, creo que este negocio exige reserva, y si mi palacio episcopal no es una mansion indigna del heredero de la corona de Inglaterra...

—Acepto vuestra hospitalidad señor obispo; pero démonos prisa, por que estoy impaciente por conocer los detalles de esta aventura que es para mí del mayor interés...

En el camino, dentro de la litera donde habia subido el joven principe, le contó el obispo todo lo que sabía de María, si bien no le dijo una palabra del hallazgo de los pergaminos, porque el principe de Gales parecia querer hacer un misterio del nacimiento de la que habia ido á buscar al convento de Nuestra Señora.

El prelado vió la frente de su huésped oscurecerse extraordinariamente cuando llegó á la revelacion del casamiento de la hija de María Estuard, y mucho más cuando fué preciso confesar que su marido era el pañero de la tienda del *árbol rojo*. El principe paseaba aceleradamente por la sala mientras que el obispo en una inquietud mortal se encomendaba interiormente á Dios.

Al fin se paró el príncipe y colocándose en frente del prelado, le preguntó:

—No sabeis nada más sobre el origen de esa mujer?

Fijó sobre el obispo miradas tan imperiosas que el anciano prelado fué á buscar los pergaminos del tabernáculo y se los presentó. Al verlos el hijó de Jacobo dió un fuerte golpe en el suelo con el tacon de su bota y profirió palabras de cólera que aunque dichas en inglés no asustaron menos al que las oía.

—Y esa mujer, replicó, tiene noticias de estos pergaminos?

—Hará poco más de dos horas que los he llamado, é ignora su existencia.

El príncipe volvió á leerlos y pareció deliberar largo tiempo sobre lo que convenia hacer. Al fin resolvió ver á María y no decidir nada antes de haberla hablado; mandó pues al obispo que la hiciera venir al momento.

—Para que nada sospeche, dijo el prelado aturcido, mandaré á decirle que es para unos retazos de terciopelo.

El príncipe hizo un jesto de cólera tan violento que el obispo estuvo á punto de morir de miedo.

—Oh Dios mío! murmuró enjugándose la frente. Dios mío! qué sucederá de todo esto?

No tardó en venir María. Al ver su noble continente y su hermosura serena y celestial, el príncipe se sintió algo desarmado. Quitóse el sombrero de anchas alas que hasta entonces habia cubierto su cabeza y la saludó silenciosamente. María le miró con sorpresa dirigiendo en seguida su mirada al rostro demudado del obispo. Ella sin embargo conservó su serenidad y preguntó que tenia que mandarla monseñor y en qué podia serle útil.

(Continuad)

E B.

CORRESPONDENCIA.

Sevilla. Sr. D. A. H., en nuestros apuntes debe 16 rs. hasta fin de abril próximo.

San Martin de Montalvan. Sra. Doña V. V. recibidos los 12 reales.

Torredembarsa. Sra. Doña I. B. recibidas las 15 pesetas y anotadas como desea.

Archena. Sra. Doña N. L., segun nuestros apuntes debe á esta administracion 12 rs. del año 78 y 24 del 79.

Cabeza de Vaca. Sta. Doña B. B., agradecemos sobremanera su cariñosa carta, y puede creer que pagamos su afecto con una sincera amistad. Se recibió el importe de la suscripcion.

Aruca. Sra. Doña F. G. de B., hemos recibido dos suscritores que indica, los años 76 y 77, y no lo hemos del 75 por no quedarnos existencias. Son en nuestro poder los 72 rs.

Pozo Blanco. Sr. D. J. L. P., tres son las colecciones que le remitimos, 76, 77 y 78. Los números 1 al 6 pertenecen al año primero, pero tienen la fecha equivocada, examínelos y verá como viene bien su lectura. Con las 15 pesetas que envia deja abonado hasta fin de abril próximo.

Valladolid. Sr. D. U. Z., en nuestros asientos solo tiene abonado 24 rs. en una partida y 12 en otra. La carta de que nos habla no ha llegado á nuestro poder.

Alcalá la Real. Sr. D. M. de T., recibida su carta con las 12 pesetas y servido en todo lo que desea.

Castel. Sr. J. G., anotados en su cuenta los 24 rs. que envia.

Lorca. Sr. D. A. R., ya tendrá en su poder el año 78, en nuestros libros solo tiene anotados 6 reales.

Leon. Sr. D. R. C., recibidos los 24 reales.

Manzanares de Rioja. Sra. Doña L. B., dejamos anotados á Doña M. C. M. los 37 rs. que envia. Puede estar tranquila por lo demás.

Sotillo de la Rivera. Sr. D. A. E., en mi poder los 28 rs. que remite.

Sufi. Sra. Doña E. L., resulta en su cuenta que tiene abonado hasta fin de octubre del 78.

Pinillos de Barruecas. Sra. Doña P. Z., le remitimos los números que desea, y quedan recibidos los 28 rs.

Villa de Tequise. Sr. D. J. M., puede entregar á D. M. N. la cantidad que indica.

Villada. Sr. D. B. S., recibida su carta con las 16 pesetas y complacido en todo lo que desea.

Vallisana. Sra. Doña R. R., tenemos el honor de remitir los números que indica, y advertirle que quedan en nuestro poder los 24 rs. que envia.

Teror. Sr. D. F. E. M., quedan recibidos los 24 rs., y le remitimos los números que pide.

Realejo Alto. Sr. D. J. C. G., le enviamos las obras y los números que pide; segun rebaja, quedan abonados en su cuenta los 60 rs. que envia.

Villamayor. Sra. Doña L. A., recibidas las 6 pesetas ya se encontrarán en su poder los números que le faltaban.

Olivares. Sra. Doña F. P., mi querida amiga, en mi poder su carta, y anotado el dinero que envia. Reciba V. mi enhorabuena, ya sabe que la aprecio mucho.

Málaga. Sra. Doña E. G., conformes con su cuenta puede remitir el dinero en sellos.

Málaga. Sr. D. S. R. los números no los ha recibido D. J. R. de Coin, por que el periódico lleva ese atraso. Conforme con su cuenta.

Luerca. Sr. D. J. M., recibidas las 9 pesetas, y complacido en lo que desea.

Las planas. Sra. Doña J. C., estamos conformes con lo que desea.

Veganzones. Sra. Doña M. A. D., recibidas las 6 pesetas, no es culpa nuestra el retraso del periódico.

Velez Benaudalla. Sta. Doña F. P., le remití los números que deseaba, ni estos ni los anteriores importan nada. Recibi los 12 rs. de Doña M. V., y los 12 de C. D.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.